

La conclusión de la saga *Tres Coronas Oscuras*, best seller #1 del *New York Times*

KENDARE BLAKE

CINCO



DESTINOS

OSCUROS

UNIR A LAS REINAS, DESTRUIR LA CORONA.

Gracias por adquirir este eBook

¡Regístrate en dnxlibros.es y sé el primero en conocer nuestras novedades!

Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros
Noticias y mucho más...

Comparte tu opinión en nuestras redes sociales



dnX

ELENCO DE PERSONAJES



LAS REINAS

Mirabella, la Poderosa Elemental

Arsinoe, la Reina Oso

Katharine la No Muerta, la Reina Coronada

LA CORONA

El concilio negro

Genevieve Arron, una envenenadora

Pietyr Renard, un envenenador

Antonin Arron, un envenenador

Lucian Arron, un envenenador

Paola Vend, una envenenadora

Renata Hargrove, sin dones

Bree Westwood, una elemental

Rho Murtra, una sacerdotisa

Luca, la Suma Sacerdotisa

Elizabeth, una sacerdotisa

LA REBELIÓN

Jules Milone, la Reina Legión

Emilia Vatos, una guerrera

Mathilde, una clarividente

Billy Chatworth, un continental

Caragh Milone, una naturalista

Cait Milone, una naturalista

Ellis Milone, un naturalista

Luke Gillespie, un naturalista

Matthew Sandrin, sin dones

Gilbert Lermont, un clarividente

Camden, un familiar, gata montesa

Braddock, un oso





POZO DEL SOL



Arsinoe, la reina fugitiva de la isla de Fennbirn, está sentada en el escritorio junto a varios rollos de papel, con el rostro pétreo. Apenas durmió unas horas, la poca luz que entra por las ventanas excavadas en los muros de piedra le lastima los ojos; tiene ojeras oscuras y la cara grisácea. Claro que tampoco hay nadie para verla. Su única compañía es una gata montesa de larga cola, con la punta negra encadenada a la pared. A medida que la pócima tranquilizadora de Jules va perdiendo su efecto, los ruidos sofocados del otro lado de la pared de la recámara se escuchan más y más fuerte.

Arsinoe gira la cabeza y mira a través de la madera. Jules Milone, la Reina Legión de Pozo del Sol, está detrás de esa puerta. Está atada de pies y manos. Los vasos sanguíneos de sus ojos, rotos al desatarse la maldición, se están empezando a curar; pero Arsinoe nunca olvidará el aspecto de su amiga cuando Emilia la trajo de la batalla. El rostro de Jules enseñando los dientes, con los ojos inyectados en sangre aparecerá siempre bajo los párpados de Arsinoe cada vez que se disponga a dormir.

—Va a mejorar —le susurra a la gata, como haciendo una promesa. Un gruñido bajo y profundo es todo lo que obtiene por respuesta—. Lo hará. No tan rápido como querías, ya lo sé, pero lo hará —continúa, mientras se frota la cara con las manos como para activar la poca energía que le queda.

Entretanto está el tema de la carta. La razón por la que

había arrastrado aquel pequeño escritorio hasta la soledad de la torre. Arsinoe toca el papel con la pluma y observa cómo se aglutina la tinta. ¿Cómo contarles que su hija fue tomada prisionera para luego ser asesinada por Katharine, la No Muerta? ¿Cómo se le puede contar eso a alguien, y más aún a Cait y a Ellis Milone, que son como familia para ella?

De pronto, escucha pisadas en la escalera y masculla una maldición. Ya tiene el tintero en la mano para lanzarlo como proyectil cuando entra Billy, lo suficientemente astuto como para asomar la bandeja con comida antes que su cabeza.

—Traje algunas galletas con miel, un par de huevos duros, y té.

—¿Té negro?

—Tan fuerte que podría ser whisky —dice mientras deja la bandeja a un lado del escritorio, derribando toda la pila de papeles arrugados. Le pasa la mano por el pelo y le besa la sien—. Pareces exhausta. Quizás sí que debería haberte traído whisky.

—¿Cómo escribo esta carta? ¿Cómo les digo a Cait y a Ellis que Madrigal está muerta? ¿Cómo les digo que Jules enloqueció?

—No detalles lo de Jules —responde Billy, mientras le sirve el té y le pone miel a las galletas—. Será mejor contarles eso en persona. Pero la tienes que mandar, y pronto. Querrán estar aquí para la cremación de su hija.

Al darse cuenta de que ya ha amanecido, Arsinoe se acerca a la ventana para contemplar la playa. Las piedras grises y planas de la playa del Pozo del Sol no se parecen a la arena de Manantial del Lobo, pero tendrán que servir.

—¿Emilia todavía protesta por el lugar de la cremación?

La guerrera había sugerido que el funeral fuese en la plaza principal. Arsinoe había insistido en que fuera junto a la orilla. Una naturalista debía ser cremada en la naturaleza.

—No. Es testaruda, pero confía en que tú eres la que sabe. Sobre lo de Jules sí que quiere protestar, pero sabe que no nos lo puede decir.

—Es testaruda, sin duda. Sin embargo, lo que más le molesta es que haya sido una sugerencia mía. Una orden, de

parte de una reina.

—Salvo que no fue eso —dice Billy, vehemente. Al igual que Emilia, él tampoco quiere que vuelva a tomar ese rol.

—No, no lo fue —Arsinoe le toma la mano, luego suspira y alza la taza de té—. Pero hasta que Jules esté de vuelta, ¿quiénes quedamos salvo Mira y yo? Hablando de esto, debería ir a verla. Necesitaremos su don en la playa para apaciguar los vientos y enaltecer las llamas. —Se pone de pie demasiado rápido y derrama el té sobre el papel sin usar—. ¡Maldita sea!

—Vaya, vaya, maldiciendo como una continental —sonríe Billy mientras la ayuda a limpiar.

—Tú tienes muchos mejores insultos. No deberíamos haber vuelto. Deberíamos habernos quedado allí.

—No. Daphne y esos sueños tenían razón. Os necesitan aquí, a ti y a Mira. ¿Qué sería de Jules sin tus pociones de envenenadora? ¿Qué habría pasado con la niebla si no fuera por el viento y la tormenta de Mira? Os necesitan. Solo que no para siempre.

—No para siempre —repite Arsinoe, y le toma la mano, como haciendo otra promesa. Se giran al escuchar unos pasos rápidos a sus espaldas y se separan justo cuando Emilia entra de un portazo, con la cara roja y los largos mechones de pelo negro cayendole alborotados hasta los hombros.

—Jules todavía está descansando —le dice Arsinoe—. Y yo estoy a punto de terminar esta carta.

—Olvida la carta —Emilia atraviesa la habitación y apoya con fuerza un pedazo de papel sobre el escritorio—. Tienes un problema mucho más grande.

Arsinoe lo levanta y lee.

La caligrafía es elegante, pero no la reconoce.

Hemos hablado con la reina y nosotras también creemos que dice la verdad. Hemos partido hacia Indrid Down. La decisión es tuya, pero estaremos aquí si nos necesitas.

—B&E

—La encontraron en la habitación de Mirabella.

—¿B y E? —pregunta Billy, leyendo por encima del hombro de Arsinoe, que traga saliva y levanta la vista.

—Bree y Elizabeth.

La expresión de Emilia es tan triunfante como furiosa, casi se puede leer “yo tenía razón” en cada línea de su rostro. Arsinoe deja caer la nota al suelo, la guerrera tuerce la boca y escupe las palabras:

—Mirabella ha huido.

INDRID DOWN



Mirabella se despierta con los golpes de la conductora sobre el techo del carruaje. No sabe cuánto ha dormido. A juzgar por la luz podría ser mediodía, aunque es difícil discernir el sol entre las nubes bajas y grises.

—Llegamos a la capital —dice la cochera, y Mirabella se frota los ojos. Se acerca a la ventana y la abre por completo. A lo lejos, las torres negras del Volroy se levantan hacia el cielo como dos agujas gemelas.

Ya lo ha visto antes. De niña, en cientos de tapices y pinturas, en libros y en su imaginación, cuando creía que le llegaría el día de reinar. Lo vio por sí misma cuando viajó a Indrid Down para el Duelo de las Reinas. Pero esta vez es diferente. Katharine es la reina ahora y, aunque Mirabella llega amparada por un ofrecimiento de tregua, puede que sea una treta. Quizás llegue al castillo y se encuentre con el bloque listo para su decapitación. Quizás tenga que luchar para poder escapar de la capital, una vez más.

Dentro de la capucha, Pimienta, el pequeño pájaro carpintero, está excitado. Puede sentir la cercanía de Elizabeth y Mirabella le acaricia las plumas de la cabeza. Katharine dijo que estaría a salvo, y según Bree y Elizabeth lo decía en serio.

En Pozo del Sol ya debían de haberse dado cuenta de su fuga, y le dolía pensar en Arsinoe y en Billy cuando se enterasen de lo que había hecho. No lo iban a creer, al comienzo. La defenderían. Incluso puede que manden una expedi-

ción de búsqueda, o de rescate, convencidos de que ha sido raptada contra su voluntad.

Y después... Bueno, tendría tiempo para preocuparse de qué le diría a Arsinoe la próxima vez que la viera. Por ahora, su mente está con Katharine. Una hermana cada vez.

Cuando el carruaje se había detenido por última vez para que los caballos descansaran, la cochera le preguntó a Mirabella adónde quería ir. Hubiera sido tan fácil ir hacia el Templo de Indrid Down, con Luca, o a la mansión de Bree, donde estaría a salvo. En cambio, había pedido que la llevara hasta las mismas puertas del Volroy.

—La puerta grande, entonces —dijo la cochera, y por primera vez había mirado con atención el rostro de Mirabella. En lo que restó del viaje le habló lo menos posible, y comenzó a llamarla “Señora” en vez de “Señorita”. No se atrevió a llamarla “Reina” tan cerca del castillo.

En la parte de atrás del carruaje, Mirabella escucha el ruido de los cascos de los caballos contra los adoquines y observa cómo el Volroy crece más y más. La vista del castillo le ha quitado lo que le quedaba de sueño y, nerviosa, juega con los pliegues de su túnica y la falda de su vestido celeste. El lazo está empezando a deshilacharse y está ennegrecido por la suciedad, piensa un instante en arrancarlo. En lugar de eso, entrelaza las manos trémulas y las apoya sobre la falda. Debe calmarse. Katharine es su hermana menor y no debe verla temblar.

Dos guardias detienen el carruaje frente a la puerta principal, se acercan a la conductora para interrogarla y echar un vistazo al interior. Los demás pasajeros ya han bajado. Solo quedan Mirabella y la mercadería: cajas y valijas atadas en el techo y la parte posterior del carruaje.

—¿Qué asunto te trae al Volroy?

—En lo personal, ninguno. Traigo a una pasajera, y verán que ella tiene suficientes.

Los guardias miran a través de las ventanas. Mirabella les sostiene la mirada. Tardan más de lo esperado en reconocerla, pero al final abren la puerta y llaman a más guardias para custodiar el carruaje.

—Nuestra llegada debería haber sido un secreto, Pimienta —le susurra al pajarito, que ladea la cabeza—. Pero tiene sentido. Katharine no querrá quedar mal parada si yo rechazo su oferta.

El carruaje se detiene y Mirabella desciende a la sombra de la fortaleza. Una vez afuera, Pimienta sale volando de su capucha en busca de Elizabeth. Mirabella trata de no sentirse abandonada, pero en cuanto siente la mirada de desconfianza de los guardias, desea que el animal siguiera estando con ella.

—¿Va a estar bien, Señora? —pregunta la cochera, y Mirabella le sonríe agradecida.

—Voy a estar bien, gracias. Ha sido un placer.

La mujer hace un gesto de reverencia y chista a los caballos. Mirabella se gira en dirección a la guardia real, que la recibe apuntándole con sus lanzas.

—Mejor no me apuntéis con eso —dice, y hace que un trueno seco restalle en el cielo. Las picas de metal descienden de inmediato—. Conducidme adentro. Con la reina.